

tales ruinas miró á la Iglesia romana libre de todo lunar en su doctrina, viva por su piedad y apostolado, batida vanamente por diez y nueve siglos de innumerables persecuciones, y sin embargo invicta constantemente, con su Biblia para predicar y con sus Sacramentos para santificar: una siempre y apoyada en el Pontificado de Roma, remontándose de siglo en siglo hasta llegar á los Apóstoles y á Jesucristo: en esto le pareció contemplar el torrente de honestos y píos correligionarios que, alegres y confiados, pasaban de la iglesia del octavo Enrique á la Iglesia de Pedro, gritando después por sí misma:—Sólo aquí hay salvación:—No soportando la vista de luz que tanto atraía, y temblando bajo la amenaza de su conciencia, si mas resistía, levantóse con ímpetu de su corazón, prosternóse como en la noche precedente al principio de las deliberaciones, y selló el propósito de este juramento:—Juro á Dios que en este instante me hago católica romana . . . de verdadero corazón . . . porque Dios lo quiere . . . y lo seré hasta morir.

## LXXVI.

## UNA HORA DE TRIUNFO.

Como el náufrago renace cuando, sacudido mucho tiempo por la fortuna furiosa, pone los piés, por último, en la ribera de la patria, donde parientes y amigos, entre mil fiestas le acogen y le compensan de las sufridas agonías, así creyó renacer la piadosa mistress Needle, al acabar la palabra postrera del juramento suyo. La seguridad, la paz y la alegría rebosaban dentro de su almá: en su quietud, en la familia formando un solo corazón (no dudaba de sus hijas), y aún en el contento que imaginaba de

su querida Julia, vió manifiestos los horizontes del Paraiso. Miraba en derredor como para buscar las nubes ferales, los remolinos devoradores, los abismos abiertos que la martirizáran toda la noche, y sólo descubría serenidad sin confin. Descansaba su espíritu, rindiendo gracias á Dios y ensalzando su misericordia.

Mas al parecer una nubecilla se presentaba en el último borde del cielo azul:— Lo he confesado todo con fe universal, á ojos cerrados . . . ; pero ¿no podría encontrar dificultades invencibles en algún punto que ahora no conozco . . . . .? ¿No he sido necia é imprudente . . . . .?— Reflexionó un rato, y después, como venciendo este obstáculo, dijo: —¿Por qué chocheo? La Iglesia de Jesucristo no yerra . . . . A todo me someto desde ahora: *La Iglesia es la casa de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad... las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*— Ahogó en estas palabras todas sus ansiedades al momento de nacer, persuadiéndose de que desde entónces sólo le sería posible abandonarse con absoluta confianza á la enseñanza celeste de Jesucristo por boca de la Iglesia. A comprender empezaba la envidiable serenidad de Julia, que parecía des-

cubrir con los ojos lo que confesaba con la boca, y aquella profunda fe incontrastable que admirado había en Italia, sobre todo en las personas de más instrucción religiosa.

Por todo esto, el ansia de recorrer cuanto antes el catecismo católico surgía con gran viveza en su espíritu. Alcanzaba que no encontraría cosas nuevas en él, porque todos los puntos de especial divergencia de las doctrinas anglicanas habíalos visto ventilados una ó varias veces por John y por Julia, sabiéndolos tan bien, que hacía no poco tiempo veíase constreñida á desviar el pensamiento para no rendirse: sin embargo, parecía muy hermoso y dulce hallarlos menuda y ordenamente dispuestos, así como tomar solemne posesión del reino de la verdad, nuevamente conquistado.— Y después ¡qué júbilo para Julia cuando le diga que soy católica y le pida su catecismo . . . .! ¡Pobre Julia! ¡Cuánto ha sufrido por mí! ¡Qué angustias ayer noche! . . .! Quién sabe! Sin las cuatro verdades peladas y crudas, que me lanzó al rostro, sin humanas consideraciones seguiría en plena rebelión contra Dios; ahora la paz del Señor está conmigo, y la conciencia sólo me reprende la tardanza en ren-

dirme á la misericordia divina.... Ea, consolémosla incontinenti: ¡Pobre Julia...! Le diré que es la primera que sabe la noticia, y que soy católica hace ya... (miró el reloj) hace ya un cuarto de hora.—

Se levantó, ébria de gozo, y fué al cuarto de Julia, para derramar en el corazón de la muy amada joven, ahora cien veces más querida y venerada, el exceso del deleite celestial, por el que sentíase dominada. No la encontró allí: hasta entonces no se acordó mistress Needle de que ya estaba el sol alto, y de que se hallaría en la escuela. Entró, sin embargo, pareciéndole que, por ser hermana de Julia en la fe, podía tratarla con mayor familiaridad. Vió el pequeño estudio atestado de libros, todos de controversia religiosa, y que algunos aún estaban abiertos. ¡Buena Julia! exclamó; estudiaba y se desvivía por mí... ¡Comprendo ahora por qué hallábase pronta siempre á responder! ¡Quién sabe cuánto habrá velado sobre estos libros!—Registró varios de la mesa y de los estantes; pero no pudo encontrar un Catecismo. Se metió en la alcoba. Una devota imagen de nuestra Señora de Lourdes estaba sobre el reclinatorio. Habíala Julia llevado consigo de la peregrinación á Francia. La señora

la reconoció al verla: asaltada y vencida por los recuerdos del famoso santuario, cayó de rodillas delante de la imagen. Brotaba de su corazón la plegaria de la fe y de la gratitud con una suavidad nueva é indescrible. Acusábase de haber despreciado tantas veces las impresiones de la gracia, que, después del día del milagro en Lourdes, habíanla incesantemente compelido á la fe, y bendecía el momento en el cual había escuchado por fin la voz de su conciencia.

Un tierno pensamiento la sorprendió en el reclinatorio:—¡Quién sabe cuántas veces habrá rogado Julia por mí delante de la Virgen! ¡Y cuán ardientemente...! Ahora puedo yo también orar por ella... y como ella, con las propias palabras que salían de su corazón angélico. Cogió uno de aquellos libritos de oración y lo abrió al acaso donde había una estampa. En el principio de la página leíase: “Preparación para la sagrada comunión.” Por buena suerte, debajo había una compendiosa instrucción sobre el sacramento de la Eucaristía. Mistress Ana leyó con avidez: no le parecía leer frases, sino que se llenaba de luz; tan evidentes resplandecían aquellas palabras de Jesucristo allí consignadas: “¡Este

es mi Cuerpo, esta es mi sangre!"—No más, gritó ella triunfante; no quiero que un pastor lego lleve un pedazo de pan sobre una bandeja. . . . No, no: ¡el Cuerpo vivo, la Sangre de Jesucristo es la que palpita en su corazón! ¡me lo asegura la Biblia! ¡lo dice Jesucristo! Y le confirma toda la Iglesia católica, que es *columna de la verdad*.

—El corazón excelente y tierno de la nueva convertida lanzábase anhelante á la Persona adorable de su Salvador, que se representaba vivo y hablando mientras permanecía en el altar, prosternada en espíritu á sus piés, largamente imploraba el perdón de sus pecados, y se efundía en amorosos coloquios.

Ardía por flamantes efectos jamás experimentados anteriormente:— Mi Dios no sólo está en el cielo, si no en la tierra, en el Sacramento. . . . aquel mismo que nació en Belem y murió sobre la cumbre del calvario. . . . Y yo, Ana Needle, lo poseeré en el templo católico. . . . lo abrazaré sin duda en mi seno. . . .—Entonces brotó un repentino é impetuoso torrente de lágrimas:—¡Y he aguardado á conocer este bien cuarenta y cinco años! No lo quería. Abominándola profundamente, su alma se desprendía de la secta cruel que le robaba la

felicidad ofrecida por Jesucristo, y se adhería, por el contrario, con ardentísimos impulsos del corazón á la Iglesia católica, que para ella trasportaba el cielo á la tierra. Pensaba en los años precedentes, pareciéndole que hacía casi un siglo que había desterrado los errores: ¡hasta tal punto abandonábase con suprema confianza á los nuevos atractivos de la religión abrazada!

Julia entre tanto terminaba su lección, no sospechando las resoluciones inesperadas de su señora. Empero la fiel Kelerina vió á mistress Needle penetrar en su cuarto con grandísimo asombro. Por amor á miss Julia, había hecho centinela en la antecámara, esperando que la señora saliese, á fin de inquirir lo que allí hubiera escudriñado. No viéndola salir nunca, previno á su amante protectora, no bien despidió á sus alumnas:—¿Qué extravagancia será? ¿Qué nueva sospecha habrá concebido la pobre? ¿Querrá fiscalizar también mis papeles, como los de John? ¡Es muy dueña!—No cabía ni de mil leguas en su imaginación que la reprimenda del día precedente hubiera podido obrar tan instantáneo arrepentimiento. Entró en el estudio, con el pié vacilante, é incierta. No había na-

die: asomóse á su alcoba, y vió á mistress Needle arrodillada delante de la Virgen, con el libro delante, y las sienes clavadas enmedio de sus dos manos. La oyó mistress Needle, y saliendo de su casi enajenación, fué á su encuentro y la tendió loz brazos, diciendo:—Abrázame, soy tu hermana.... católica.—No pudo añadir más: las frases quedaron ahogadas por su profunda emoción. Abrazáronse las dos, se besaron y miráronse mucho rato sin decir palabra, vertiendo las más deliciosas lágrimas que habían derramado en su vida.

## LXXXVI

## CLARA Y CLEMENCIA.

Muchas y cordiales fueron las cosas que dijéronse mistress Needle y Julia después de abrazarse por primera vez como hermanas en Jesucristo, pero las habían dicho con los ojos, con las lágrimas y con el silencio. Por fin prevaleció la precisión recíproca de explicar y entender el misterio de tan subitánea mutación. Refirió mistress Needle, con el ardor de su alma hermosa, todas las peripecias interiores de la noche, refiriendo hasta los detalles más leves, por los que llenábase Julia de gozo.